

CONTESTACION AL TRABAJO TITULADO “CONSIDERACIONES GENERALES SOBRE EL MEDICO DE AYER Y EL DE HOY”

por el doctor *Julio de Armas*.

La Sociedad Venezolana de Historia de la Medicina me ha conferido el honor de contestar el interesante trabajo “Consideraciones Generales sobre el Médico de Ayer y el de Hoy”, cuyo autor es el doctor J. Quintero Quintero, quien lo ha escogido como tema de incorporación a esta Sociedad, con el carácter de Individuo de Número.

La materia es tan extensa y nutrida, y el autor la desarrolla con talento y dominio de ella, que hace la misión encomendada bastante difícil. Por la brevedad del tiempo disponible, voy a hacer una síntesis de apreciación en torno al tema. Comienza el doctor Quintero Quintero a calificar la Historia como una Ciencia que no se limita al dato cronológico ni geográfico, sino que también tiene profundas vinculaciones con la Sociología, identificándose en este aspecto con el concepto universalmente aceptado. Y es lógico pensar, que al derivarla hacia el proceso evolutivo de la Medicina y de los hombres que la han ejercido a través de los siglos, también va marcando la concatenación de hechos y sucesos bajo iguales influencias. Unas veces el hombre influyendo sobre el medio, y en otras a la inversa, hasta llegar al concepto de que el médico, como ente social, no ha podido quedarse inamovible en la plataforma de las épocas donde le ha tocado actuar y vivir.

Comienza la parte histórica de la Medicina expuesta por el doctor Quintero, a ilustrarnos sobre la evolución del médico, aparejada a la evolución de la Ciencia y de la humanidad misma, desde la época tenebrosa del oscurantismo hasta nuestra era luminosa de la energía atómica. Y así bien lo define nuestro colega, cuando dice: "Del fondo opaco y turbulento de lo intuitivo iba creciendo la llama blanca de lo deductivo, de lo positivo, de lo real". No así estamos acordados en algunas concepciones tuyas sobre el "médico de antes", refiriéndose al médico más allá de fines del siglo pasado, a quien califica como no dotado de la "madurez presente". Ese médico pretérito vivió el progreso relativo que había alcanzado la Ciencia para su época, y absorbió todos los conocimientos adquiridos entonces en la materia, y más bien complementaba su cultura médica, como lo apunta el doctor Quintero, con un interesante trasfondo de cultura humanística, filosófica y artística. Conocimientos éstos que lo llevaron a situarse con propiedad en otros planos distintos a la disciplina médica. Y esta feliz circunstancia lo poseionaba de dotes intelectuales especiales para ofrecer todas las virtudes públicas y privadas. Así, el médico se movía del lecho del enfermo y de la estrecha sala del viejo hospital, a la tribuna, al cargo público, y era algo así como un asesor moral para los pueblos.

En aquel aspecto cultural, ese viejo médico superaba en un porcentaje muy alto a muchos médicos de la generación contemporánea. Es decir, la cultura general complementaria estaba individual y colectivamente más extendida y mejor repartida en el gremio, que ahora. —Como consecuencia de su agudeza mental y científica, nació el concepto del "ojo clínico", que muy bien define el doctor Quintero, al calificar intelectualmente al médico de antes como un ente profesional de *tipo cerebral*, y mucho más justa es esta concepción, si llegamos a situarnos en el terreno del diagnóstico, cuando hoy día disponemos de una serie de elementos, útiles y equipos auxiliares, como recurso decisivo. Un solo ejemplo podríamos citar para el futuro, cuando las radiaciones atómicas aplicadas convenientemente al organismo, y en busca de tal o cual enfermedad, nos darán por medio de un aparato mecánico, la verdad diagnóstica que en épocas pasadas y en la presente son preocupación y desvelo de

la Ciencia, sin que ésto quiera decir que el médico del futuro ha de *tecnificar* sus facultades, sino que será obstaculizado —aunque en beneficio— en su labor de aplicación del raciocinio y de la mente. Bien lo dice el doctor Quintero, “porque los medios investigativos no estaban a un nivel conveniente de rendimiento y se imponía reemplazar esa incapacidad luminosa del Laboratorio o los Rayos X por un cierto grado de agilidad mental”. Se vivía entonces la era “de cuando el Laboratorio y la Clínica están en desacuerdo, triunfa la Clínica”.

El enfoque de los factores intrínsecos y extrínsecos que asisten al médico, como profesional y como individuo, lo analiza Quintero Quintero con bastante acierto. En los primeros, pasa revista a la sensibilidad del médico ante el dolor y la angustia humana, como un sentimiento íntimamente ligado a su personalidad y que acompaña en mayor o menor grado a todas las generaciones médicas. Nosotros creemos que sí ha habido hoy alguna variación de *calidad* en esa sensibilidad, pero que sólo es consecuencia del cambio radical de la sociedad moderna en muchas de sus costumbres y de sus aspectos espirituales. Por otra parte, toca el autor la simpatía del médico, como resorte emocional respectivo. Indudablemente que la simpatía abre las puertas del espíritu y por éllas penetra el médico en el ánimo de sus pacientes, inspirándoles confianza y fé. Igual efecto causan su figura física, sus modales y su educación. Son factores personales decisivos para un buen y armonioso ejercicio de la profesión, mucho más en la carrera médica, donde los que la ejercen sienten de cerca, más intensamente que en cualquiera otra profesión, la angustia, el dolor, la miseria, la muerte.

Esta simpatía unida al respeto cuanto viene del cliente al médico, o de la colectividad al profesional, es el puente de plata para elevar al galeno al carácter de científico destacado, de hombre público, de médico de familia, de ciudadano eminente. Esta posición favorecida antes por una sociedad individualista, le dió preeminencia social al médico, terreno que ha perdido hoy —por varios motivos— al debatirse en medio de una sociedad colectivista.

El doctor Quintero Quintero califica bien otra de las grandes virtudes de los médicos de antes, al considerarlos “grandes

trabajadores”, —con lo cual no quiso expresar que los de hoy no fueran activos.—Lo que ha variado son los medios, recursos y ambiente de que dispone el médico moderno para vivir y ejercer su profesión, como la adquisición de elementos que simplifican el diagnóstico y pronóstico de las enfermedades; dan comodidad a la vida moderna y agilizan el discurrir de los días. Sin embargo, estamos de acuerdo en que el esfuerzo físico e intelectual del antiguo profesional era más intenso. Su responsabilidad fué un deber indeclinable. El médico de hoy en su mayoría es más cómodo, y hay algunos que *mecanizan* el ejercicio frente al escritorio, o en el cargo asalariado, y se convierten, vegetando siempre, en unos recetadores en serie. El patentado, la fórmula seriada, y muchas veces exigencias del cliente mismo han contribuido a esta desairada posición. Entre otros defectos de la clientela nueva, el paciente de hoy no tiene fé en la fórmula magistral sino en la medicina de moda. La huella que más hondamente separa al médico de antes del profesional actual —y apenas el tiempo que los separa es corto, es ayer— es, en nuestro concepto, el culto a la ética, a la moral médica. Para el viejo médico, la deontología era Biblia de la Medicina, templo para invocación de las mejores virtudes médicas.

La Medicina, como ejercicio de una actividad humana, estaba adornada del más puro desprendimiento, del más arraigado desinterés. Decir médico era sinónimo de vivir en la pobreza. Ser útil a la humanidad era meta, propósito vital. Perpetuarse en la honestidad era la trayectoria para sí, para la familia y para la Patria. La honradez profesional era rumbo certero.

Las relaciones entre colegas, observando las normas de ética, eran un verdadero culto; muchas veces prestigiaban en grado mayor a quien las respetaba, dándole prestancia y rango moral con el colega y con el público. Hoy, tristemente, sin considerar que se ha perdido la batalla por la ética, que muchos de nuestros médicos practican con fé, no cabe duda que para otros —afortunadamente las excepciones —aquélla no existe o vive en inquietante fuga. Quienes nos combaten desde fuera, no dejan de apuntarnos con el arma alevosa de un comercialismo indeseable. Se impone propagar la mística por la ética en nuestras generaciones médicas presentes y por venir.

Cita el doctor Quintero Quintero la "poca sociabilidad" del médico de otras épocas, probablemente al referirse a algunos casos, porque, en general, como él lo hace resaltar en otra parte de su importante trabajo, el médico, junto con otros personajes, era factotum, eje y centro de actividades sociales y culturales, de manera especial cuando actuaba en pueblos y ciudades de la provincia.

El carácter de la obra bibliográfica de los viejos médicos, estaba influido necesariamente por el estilo literario de la época, con cuyo ropaje se adornaba la materia científica. Este aspecto de la literatura médica, vigente entonces, era propio del momento, aunque sorprende al doctor Quintero Quintero semejante modalidad, sin que, como él mismo dice, no faltaran las obras maestras, muchos de cuyos principios están vivos hoy, encerrados en las viejas páginas.

Así como el quebranto de la ética profesional, considerada como frontera sensible entre los hombres de una misma profesión en distintas épocas, la falta de investigación científica ha sido una barrera de relieve que separa a la Medicina de antes y después del comienzo de siglo, como también lo observa juiciosamente el doctor Quintero. La Medicina de hoy descansa fundamentalmente en la investigación, así como los destellos de progreso que tuvo y ha tenido en todas las épocas se deben a ella. Con la investigación se hace Escuela, se descubren rutas desconocidas, y la luz que aporta a los conocimientos crea estilos, modalidades y enseñanzas nuevas. En pos de ello, siempre hemos recalcado que sólo la investigación dejará de vivir a remolque de viejas y carcomidas disciplinas, lo que debe ser una Escuela Médica Venezolana propiamente dicha.

La fragmentación a que se ha llevado la Medicina para crear las Especialidades dentro de la profesión, ha formado una modalidad de Médico que antes de fin de siglo no existía.—La razón fundamental estriba en el concepto aceptado universalmente, de que el progreso de la Ciencia médica ha alcanzado un desarrollo tal, que muy pocos cerebros pueden resistir el volumen y la extensión de sus conocimientos. Sin embargo, si el Médico Especialista es una resultante como "necesidad" de esta razón, los conocimientos básicos de Medicina General, o mejor

dicho, de Medicina Interna, no deben faltarle. Porque la Ciencia y el Arte que estudian el cuerpo humano desde el punto de vista de la enfermedad y de la salud es una sola, sin desintegración, ni desarticulación, como es un todo integral el organismo mismo. Hoy se vuelve por el logro universal de los conocimientos para llegar a ser un buen Especialista. En lo docente, varias instituciones mundiales están exigiendo una cláusula vital para cualquier profesional médico que vaya hacia la especialización. Sería deseable que llegáramos nosotros a cumplirla también en los programas de estudios universitarios y en el perfeccionamiento de post-gradados.

Si se llega al buen Especialista con cultura de Medicina General, más la cultura filosófica que añoramos, la profesión para este *tipo de médico* necesariamente tiene que ser más exigente. Así lo pensamos, en contraposición con otros autores que les consideran con el goce de mayor disponibilidad de tiempo. Generalmente el Especialista capaz tiene que atender a una clientela numerosa. Todo esto y mucho más afirma el culto hacia una formación médica completa sobre Medicina Interna, la cual a su vez ha pasado a ser una especialidad. Con el sistema de trabajo de equipo en clínicas, hospitales y otras instituciones asistenciales, además del llamado al Internista a reuniones de consulta, este médico ocupa un puesto de vanguardia, a pesar de que sus detractores dentro de los mismos colegas, traten de negarlo. En lo docente, en la cátedra, es fundamental su presencia para llegar a realizar una formación profesional básica del alumnado. Cierta sector grueso de la clientela está volviendo los ojos, en primer plano, hacia el viejo, pero actualizado, Médico General.

Dentro de las múltiples manifestaciones de la Medicina de hoy, nos merecen atención dos de ellas. El médico Sanitarista o Higienista, y el Especialista que se dedica a ejercer sus actividades sobre una sola enfermedad.

El Sanitarista o Higienista es una de las creaciones más felices dentro de la especialidad médica. En este Especialista descansa una actividad fundamental de la salud pública y privada. Es a él a quien se debe, entre otros beneficios, la lucha contra las epidemias y endemias, azotes otrora de la humanidad.

La salud colectiva, del pueblo, tiene en este médico su más esforzado defensor, y es a la vez representativo de la Medicina Preventiva, la cual desde el viejo aforismo "más vale prevenir que curar" hasta nuestros días, ha alcanzado un puesto preeminente y decisivo en el progreso y desarrollo de las ciencias médicas. La Medicina Preventiva ha cambiado en muchos aspectos la acción, ejercicio y extensión profesional. Desde que el Estado se ha constituido en defensor de los derechos del hombre —concretamente la conservación de la salud y la vida— es el más útil funcionario de una nación.

El Estado, al absorber esa obligación, imprimió al médico moderno, a su servicio, algunas modificaciones del ejercicio liberal. Se creó el médico funcionario de Estado, sujeto a una serie de influencias, cuya posición profesional ha sido muy discutida, pero que indudablemente quienes la ejercen con honestidad, defienden una causa no menos justa. Sobre esta materia se ha escrito mucho y hablado más, y no es el caso extendernos aquí sobre ella.

El otro Especialista a que nos referimos es el que se dedica a una sola enfermedad. Posiblemente es quien debe cuidarse más de su cultura médica, general y específica. Privan en él con más fuerza las mismas razones que hemos esgrimido para los otros especialistas. Nosotros justificamos esta actividad médica llevada al extremo, cuando va aparejada una intención de investigación pura, dentro del profesionalismo. Creemos que aquél debe ser más investigador que profesional en ejercicio, o las dos tendencias conjuntas, cuando se practican en propiedad. De este tipo de médico investigador pueden salir a relucir muchas verdades científicas.

Nosotros hemos sufrido la influencia de las viejas escuelas europeas, de preferencia la francesa, pero últimamente las corrientes científicas de la Escuela Norteamericana han invadido el pensamiento médico nacional. Pero puede decirse en propiedad, que la mayoría de nuestros médicos tiene una formación múltiple en este sentido.

La Ciencia, más que elástica, es todavía desconocida en muchos de sus aspectos. Es una sola. La que puede variar o su-

frir modificaciones o innovaciones es la verdad científica, de ayer, de hoy y de mañana, y obliga a que el médico viva constantemente entregado al estudio, frente al incesante progreso de la Medicina, mucho más hoy día cuando la intervención de la Bioquímica y de la Física está llamada a arrojar inmensa luz sobre aquella verdad, antigua o nueva.

Estas pequeñas observaciones nuestras en nada van a restar mérito al importante trabajo del doctor Quintero Quintero, y las incluimos con todas sus reservas en esta breve exposición, a manera de simples apreciaciones personales.

La personalidad del doctor Quintero Quintero nos merece la más sincera estimación, por sus dotes de médico capaz, iniciador entre nosotros de una especialidad nueva, la Geriátría, y porque, además, es exponente facultado por una cultura general poco común. En este mismo trabajo revela características de escritor florido, como manifestación de esa misma formación espiritual.

Para nosotros el doctor Quintero Quintero representa ese tipo de médico que él mismo denomina "transicional", "intermedio", y que participando del galeno de ayer y del de hoy, aporta cultura profesional, humanística y señorío.



Gráficas correspondientes a la recepción del doctor Pedro Quintero García, como Individuo de Número de la Sociedad Venezolana de Historia de la Medicina. Arriba: doctor Pedro Quintero García. En el centro: doctor Ambrosio Perera. Abajo: Sentados en la Mesa Directiva y de izquierda a derecha: doctores Ricardo Archilla, Alfredo Borjas, Miguel Zúñiga Cisneros y señora Rosa Felicia Orúa de Angulo Ariza.